

tes y algunos lugares de Fidschi, como por ejemplo Nandruma en Fidschi Levu, son especialmente famosos por el culto que á tales reptiles profesan; pero por otra parte nos refiere d'Albertis que los hattameses de Nueva Guinea prefieren como manjar á la serpiente colosal que allí se cría sobre todos los demás animales. Entre los ídolos de los templos de los papúas de Waigu encontramos el cocodrilo y en las casas de las islas Salomón, en donde se venera al tiburón porque se le teme, vemos ídolos destinados á alejar las malas influencias y formados por un hombre y debajo de él un tiburón. En la isla de Pascua hay ídolos con cabezas de pez (véase el grabado de la pág. 541). Finalmente, los motus tienen una leyenda según la cual un perro les trajo de Taulu un tizón encendido haciendo hasta en tonces comido ellos la carne cruda ó cocida al calor del sol.

Mencionemos, por último, el culto de las piedras. Las rocas de este país tan fantásticamente quebradas y rajadas



Maxilar inferior humano usado como brazalete, de Nueva Guinea (Christy Collection, Londres). Véase pág. 535.

dan origen á toda clase de leyendas muchas de las cuales recuerdan á las conocidas en Occidente. En Hawaii los mares poblados de arrecifes son tenidos por campos de batalla de los dioses luchadores que, sorprendidos por el día hubieron de soltar los peñascos. Asimismo la luz del día que salió demasiado pronto obligó á los dioses creadores de islas á dejar sin concluir su obra en las peñas. De esta suerte fueron creadas las Marquesas durante la noche por los dioses nocturnos, quienes al ver despuntar la aurora hubieron de dejar incompleto su trabajo en aquellas estériles rocas. Sorprendidos por el día viéronse también obligados los espíritus de Ulitea á dejar caer en Taloo la montaña que habían arrebatado. A estas leyendas de piedras ó peñascos aportó nuevos elementos el olvido de los autores de grandes estatuas de piedras de la isla de Pascua y de otros islotes que fueron atribuídas á los dioses; de este modo pudo nacer una leyenda en algunas islas abundantes en ídolos de piedra como en Tokelau en donde el primer hombre, nacido de la piedra, fabricó con arena y con una costilla una mujer ó como en Tonga Levu, en donde un dolmen construído por Tangaroa indica la dirección seguida por los dioses en su viaje á Vavau y Hapai.

En las islas hawaianas existía un verdadero culto de las piedras. Los pescadores de Lanai adoraban á las piedras verticales y en Hawaii no podían tallarse ídolos más que de determinadas rocas. De estos países son también las piedras de lluvia que se ponen en el fuego cuando llueve demasiado y se riegan en tiempo de sequía. También se mira en las piedras los restos petrificados de los peces que el reflujo ha dejado en la playa. En Micronesia son objeto de veneración los ídolos de piedra envueltos en tela habiendo sido traídos algunos de ellos, según se cuenta, de lejanas tierras. El Tui Tokelau ó rey de Tokelau adorado como dios, está asimismo representado por una piedra envuelta en un pedazo de tela. En Mota son reputadas como remedio de toda suerte de males unas piedras pequeñas de una forma determinada. En Palaos encontró Kubary en el extremo oriental del *Marae* una estatua del dios *Te Aviki tu te Natoake* labrada en piedra volcánica negra. En Fid-

schi se cree que las rocas abruptas son los lugares en donde nació el dios Ngendei y en las Palaos se las considera como últimos restos de las islas de espíritus sumergidas, de las cuales salieron los gigantes y poderosos antepasados de la actual población, los *Kalits* y sus camaradas. Debajo de ellas yacen á menudo tesoros de hechizos, así por ejemplo debajo de un arrecife de Korrer la raíz de Kossol que, puesta en la proa de una canoa hace que ésta se encamine por sí sola á donde quiera su amo.

También el mar es objeto de adoración siendo tenido en gran estima todo cuanto con él se relaciona, especialmente la navegación y la construcción de embarcaciones. En Nukuor, el sacerdote descarga con el hacha consagrada ocho golpes sobre el árbol destinado á la construcción de una canoa y que sólo puede ser cortado y trabajado dentro de los tres meses que siguen á la muerte del caudillo espiritual: los ponapeses consagran á los dioses todas las embarcaciones construídas durante el último año, celebrando para ello una fiesta especial que denominan *Arbungelap*. El remo significa allí, como signo sepulcral, el símbolo de la principal actividad del hombre así como el huso representa la de la mujer. En Tobi son colocados en canoas no sólo los cadáveres sino también los enfermos graves y los viejos achacosos. La mayor adoración que en Mortlock se concede al dios del mar consiste en enviarle todos los que mueren en las batallas, al paso que los fallecidos de muerte natural son enterrados en la tierra.

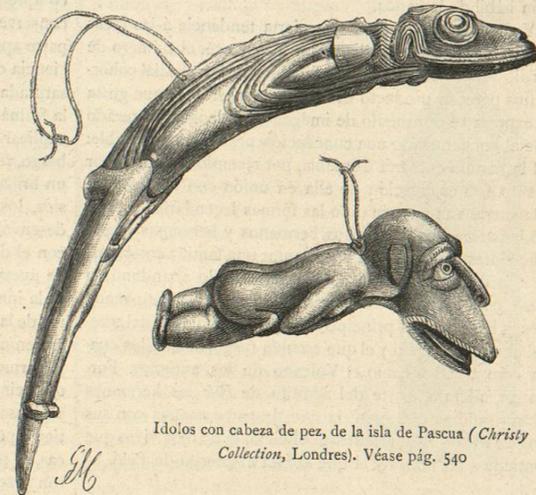
Como se ve, la naturaleza se halla aquí vivificada por cierto soplo «animador», razón por la cual á ninguna religión puede aplicarse con más motivo que á la polinesia y micronesia el dictado de politeísta. El rasgo característico de la misma es la marcada tendencia á multiplicar las imágenes robustecida por la vaguedad del espíritu que da origen á todo esto y que andando el tiempo encuentra agradable y fácil la creación de dioses. Allí donde la masa de los nobles es admirada siendo éstos misteriosamente adorados como dioses y semidioses; allí donde las almas de todos los hombres dignos de una vida ulterior no sólo son inmortales sino que, además, permanecen en íntimo contacto con este mundo; allí donde cada familia tiene su espíritu tutelar propio en forma de animal ó de otra cosa, han de brotar y florecer en abundancia los dioses y los ídolos convirtiendo el espíritu de los polinesios en verdadera selva virgen de divinidades. Cuando el cristianismo llegó hasta los polinesios hallábanse éstos precisamente en plena actividad creadora de dioses: las divinidades de los antiguos mitos, como Tangaroa, habían desaparecido en revuelta confusión y la fantasía creaba en su lugar nuevos retoños y nuevas flores. Este impulso creador exuberante tiene algo de carácter de raza. No se debe á la casualidad el hecho de que los polinesios y los madagascarenes tengan de común una gran parte de la teogonía que en los primeros tiene su expresión en la mitología extremadamente politeísta y en los segundos se manifiesta por el fetichismo avasallador. Aun cuando sólo una pequeña parte de estos espíritus ha alcanzado las elevadas alturas de la adoración divina quedando el mayor número de ellos encadenada á esta tierra bajo la forma de hombres, animales, plantas y piedras, el número de los primeros es extraordinario, hasta el punto de que una lista de todas las divinidades públicamente veneradas formada por los misioneros de Raiatea comprende cerca de cien nombres. «Son innumerables — dicen en su memoria — los dioses tutelares que protegen particularmente á toda familia de cierta consideración y antigüedad.»

Al frente de los dioses figuraban algunos á los cuales se daba el nombre de *Fanau Po*, nacidos de noche; de ellos los principales eran en las islas de la Sociedad Taaroa, el Kanaloa del grupo de las Sandwich y el Tangaroa de las islas occidentales, que es el primero de todos, el increado, el que vive desde el tiempo de la noche, pero que es el menos venerado en público; Oro, el poderoso ídolo nacional de Raiatea, Tahití y Eimeo; y Tane el dios de Huaheine y de Tahaa, que tuvo ocho hijos con su esposa Taufairei, todos los cuales pertenecían á la categoría de divinidades supremas y entre los que figuraba Temeharo, el patrono tutelar de la casa de Pomare. Sin embargo estos nacidos de noche no estaban á tanta altura que los hombres de elevada alcurnia no hubieran intentado fraternizar con ellos y esta atrevida designación de los hombres heroicos, como hijos de los dioses nacionales, como por ejemplo de Tubo el jefe de la inmigración tonganesa como hijo de Tangaroa, ha contribuído á que la mitología polinesia sea en algunos puntos inextricable. Además, hay los dioses propiamente de la naturaleza, los espíritus localizados ó almas. En las islas de la Sociedad los misioneros han citado doce nombres de protectores de montañas, valles, abismos y cavernas y como si esto no fuera bastante toda formación natural sorprendente es inmediatamente poetizada adquiriendo con ello eficacia divina. Así por ejemplo, en el peñasco de Afareaitu hay una abertura de 2 metros de diámetro que mirada desde la costa parece la huella dejada por una bala de cañón; pues bien, de ella se dice que está hecha por la lanza que blandía un ser superior. Más adelante iremos conociendo otras leyendas parecidas, muchas de las cuales encontraremos reproducidas en las regiones más distintas de Polinesia.

Sólo el mar está gobernado por unos 20 dioses de entre los cuales sobresalen Tuaraatai y Ruahatu, llamados *Atia mao* ó dioses del tiburón porque para sus venganzas se servían del gran tiburón azul. Los tiburones eran á menudo cebados con peces y con cerdos, así es que estaban acostumbrados á aproximarse á la costa en determinadas épocas, asegurando los indígenas que acudían en cuanto se lo mandaba el sacerdote. Un antiguo sacerdote de uno de estos atías sostenía contra el parecer de Ellis que un tiburón había, en otro tiempo, llevado sobre sus espaldas al padre del que esto afirmaba desde Raiatea hasta Huaheine. Otro dios marítimo famoso es Hiro, en su origen un isleño de Raiatea atrevido y hábil que se hizo célebre por sus aventuras de mar y que había entrado tan recientemente en la cohorte de los dioses que se enseñó en Opoa su cráneo hasta la ruina del paganismo. Circula una porción de narraciones románticas acerca de sus viajes, de sus hazañas, de sus luchas con los dioses del viento, de su permanencia en el fondo del mar, de su trato con los monstruos de los abismos que arrullaban su sueño mientras el dios de las tempestades amenazaba á sus allegados que se habían quedado en la embarcación: éstos le llamaron en su auxilio y habiéndole despertado un espíritu aliado salió á la superficie y dominó la tempestad. En las islas occidentales era en donde se guardaba especialmente memoria de él: un grupo de rocas de Tahaa se denominaba «perro de Hiro», una vertiente de montaña su barca y un gran pilar de basalto que se alzaba en Huaheine su remo.

Entre los dioses del aire, á menudo adorados bajo la forma de aves, figuran en primera línea Vermatautoru y

Tairibu, hermano y hermana, hijos de Tangaroa que habitan cerca de la roca que sostiene al mundo y castigan con tempestades y temporales el menor abandono de su culto: se les invoca también cuando aparece una escuadra enemiga para que envíen huracanes. Muchos isleños creen todavía que los malos espíritus tenían antiguamente poder sobre los vientos, pues desde su conversión general las borrascas no eran tan terribles como antes. Poblada de seres superiores estaba también la región aérea más elevada. Todos los cuerpos celestes eran á menudo considerados como dioses; cuando el sol ó la luna se eclipsaban, decían que un demonio ofendido se los engullía y no consentía en devolver el astro sino á fuerza de ricos presentes. Un meteoro de luz brillante que los misioneros pudieron observar durante algunos segundos tomándolo por un come-



Ídolos con cabeza de pez, de la isla de Pascua (Christy Collection, Londres). Véase pág. 540

ta fué designado por los indígenas como uno de sus más grandes dioses. También se cree que los meteoros son almas, refiriendo Lamont que un niño de Penrhyn se echó á llorar al ver una estrella errante porque en ella se le había aparecido el alma de uno de sus antepasados.

Cuando hay niebla se distinguen las hadas que habitan en las montañas: la niebla es creada por Rangí (cielo) en unión de Papatu Anuku (ancha superficie). En algunas islas solitarias, como en la árida isla Manúa de Raiatea, viven gigantes que tienen los ojos de fuego: un gigante llamado Honura cuya cabeza brilla en las estrellas atravesó de un solo paso por encima de las islas la distancia que hay de Tahití á Raiatea. Esta figura recuerda á Vatea cuyo ojo derecho es el sol y el izquierdo la luna. En Hawaii hay sitios de apariciones en los cuales se ven procesiones de espíritus y el que oye silbar á éstos muere necesariamente. Los presagios envuelven la existencia del hombre en una red de inextricables peligros, preocupándose muy poco la superstición de investigar las más probables relaciones entre las causas y los efectos: así por ejemplo una grieta que se abrió en las vigas que servían de apoyo á la puerta del palacio presagió la sumisión de Tahití al protectorado francés (1842).

Cierran esta serie de divinidades los seres que presiden las distintas profesiones: dioses especiales envían, en determinadas épocas, á la costa á los peces emigrantes y dioses especiales son también los que invocan los pescadores cuando fabrican sus redes, suben á sus embarcaciones ó

trabajan en el mar. Asimismo tienen patronos propios para cada una de sus artes: los labradores, los carpinteros, los constructores de chozas y de canoas y todos los que trabajan la madera. Cinco ó seis dioses vigilan los juegos y hasta los pecados y delitos, figurando en el número de ellos Hera como dios de las conjuraciones é Hiro que además de ser dios marino protege á los ladrones y á quien no se atreven á invocar los caudillos en sus correrías secretas de las cuales tienen el mejor éxito posible las que se emprenden en las noches 17, 18 y 19 del mes. La respetabilidad de este dios debe, sin embargo, haber disminuído considerablemente puesto que sólo se le sacrifica una parte de la cola del cerdo robado, diciéndole: «He aquí, buen Hiro, un pedazo del cerdo: no digas nada.» Hiro protege el embuste, el asesinato, la lujuria, el robo por mar y la conducción hábil de la canoa.

Ya hemos hecho notar que cierta tendencia á las ideas multiplicadoras y paralelizadoras hizo crecer el número de los dioses; por esto algunos individuos de la celestial cohorte nos parecen producto del lenguaje sacerdotal que gusta de expresarse por medio de imágenes. El lenguaje figurado sale al encuentro de una concepción presagiosa y sensible: así la llanura cubierta de niebla, por ejemplo, es divina por cuanto ésta es creación de ella en unión con el cielo. De esta suerte van aumentando las formas legendarias á cuyo lado aparecen colocados sus hermanos y hermanas personificadores hasta llegar á representar una familia entera; así *Pele*, la diosa del volcán de Hawai, cuando abandonó su patria para fijar su residencia en Kilanea iba acompañada de sus hermanos el príncipe del humo, el hombre del trueno, el rayo del cielo y el que escupía fuego, dos de los cuales eran lisiados como el Vulcano de los antiguos. Formaban, además, parte del séquito de *Pele* las hermanas aterradoras que eran: la que destruye canoas con sus ojos de fuego, la que destruye el cielo, la de ojos vivos que contiene á las nubes y la que abraza el cuerpo de *Pele*.

De la misma manera que en un prado profusamente cubierto de hierba brotan con mayor lozanía los tallos y las plantas herbáceas en aquellos sitios en que el sol brilla con más fuerza, así también en medio de esta multitud de almas, espíritus y dioses elevanse en determinados puntos á la categoría de formas superiores algunas creaciones mitológicas independientes. Estos puntos son aquellos hacia los cuales se dirige con cierta preferencia la imaginación excitada por los problemas cosmogónicos y por los enigmas de los fenómenos naturales. La mitología de los polinesios se ha desarrollado principalmente sobre la base de la cosmogonía, pudiendo afirmarse que la primera, tal como es, debe en gran parte su existencia á cierto oscuro afán por saber; también ha contribuído á ella, aunque en menor grado, el deseo de ordenar las nociones del otro mundo, puesto que con mucha frecuencia vemos usadas las expresiones de señores del cielo y de los infiernos. De esta suerte el impulso formador antropomórfico, eternamente resplandeciente, arroja á las formas humanas, engrandecidas y caricaturizadas como encarnaciones de poderes naturales creadores y destructores, al profundo y brillante cielo y al ancho horizonte de su patria insular. Verdaderos polinesios son los que allí realizan sus gigantescas hazañas y sus maldades. El afán de soberanía y de poder, la ambición de honores y dones, la venganza implacable contra todo olvido, tales son los atributos á todos comunes; ninguno de ellos se distingue por una perfección moral, por una superior sabiduría, por una bondad espontánea; los crímenes de toda clase tienen modelos é emulaciones en este mundo de espíritus.

Ya hemos visto que los polinesios distinguen entre sus innumerables dioses al grupo de los nacidos de noche, Fanau Po, como antiguos y dignos. Esta clasificación, bien tenga un origen histórico, bien haya nacido de una necesidad de la inteligencia lógicamente ordenada, justifica nuestra tentativa de reunir las figuras cosmogónicas en un primer grupo al cual aparecen subordinados los dioses héroes como nacidos más tarde y en la tierra y más próximos á los hombres. Para ello no acudimos á analogías con otras mitologías sino que esta agrupación deriva naturalmente de los hechos.

La creación comienza por una metafísica más profunda que la de ningún otro pueblo natural. Las concepciones nacidas de un modo múltiple y abigarrado de ideas fundamentales por consecuencia de tendencias enérgicas, no se comprenden sin una casta estrictamente hereditaria que conserve, enseñe y amplíe todas estas cosas. En ninguna parte aproximase tanto la mitología á los engendros de la ciencia como en este país en donde aquélla se nos presenta saturada de apreciaciones naturales y en donde la poesía y la formación de leyendas se esfuerzan evidentemente por explicar los enigmas del universo. Tales esfuerzos, sin embargo, resultan estériles á pesar de lo cual la mitología ofrece un brillante ejemplo á la potencia espiritual de los polinesios, los cuales serían un pueblo realmente notable si su desenvolvimiento en otras esferas hubiese corrido parejas con el de sus dioses y espíritus. En lo más hondo aparece de nuevo, como en la concepción del mundo, y en medio de la inmensidad del horizonte del mar la estrechez de miras de la vida insular limitada. Los comienzos cosmogónicos vinieron después del curso del desenvolvimiento natural. En armonía con el mundo marítimo, el centro del mundo, es decir el territorio en donde habitan los que así poetizan y piensan, nació á consecuencia de haber sido vomitada la tierra por los abismos, de resultas de erupciones volcánicas, al paso que las islas posteriormente descubiertas fueron pescadas ó sea encontradas por los héroes. En lo demás prevalece la opinión de que las fuerzas naturales originarias que en personificaciones divinas han producido el mundo de los fenómenos se esfuerzan, en virtud de un proceso evolutivo orgánicamente cerrado en sí mismo, por atraérselo y tragárselo nuevamente, mientras que para el espíritu humano, como procedente del exterior, existe la perspectiva de un punto de redención (Bastían).

Los dioses quedan incluídos en estas conjeturas de la creación y no sólo esto sino que su existencia y su historia están enlazadas por mil hilos con las concepciones á esta creación referentes. En Tonga se dice que los dioses á pesar de proceder de un origen son infinitos. Esto hace que aparezca la cuestión relativa al creador ó á los creadores de la tierra, pues la tierra, el cielo y todas las cosas son, á su vez, divinas habiéndose por este motivo colocado con razón la noche, Po, en el principio de las cosas. De los esfuerzos que por parir hizo Po, desde la primera á la décima noche, nacieron primero Piapá y luego Kaka, padre este último de los hermanos Rangí y Papa que al abrazarse engendraron á Tanenuirangi y á sus ocho hermanos. Las noches llevaban nombres especiales que los sacerdotes explicaban filosóficamente. Entre los maories la creación comienza también con la Po, noche. Después de innumerables períodos resucitó Te Rapunga, el deseo ardiente, que se propagó en la Waia ó continuación de los primeros movimientos impacientes hacia el deseo vivo: después hácese también notable Te Kukune, el sentimiento, que se fortifica en el Te Pupuke, la propagación. Como consecuencia empieza á surgir la primera pulsación de la vida, Te Hiriri ó aspira-

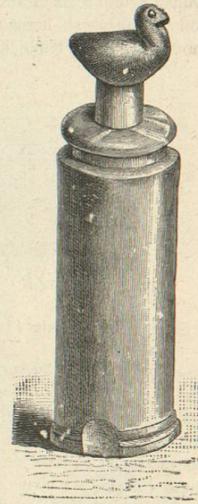
ción de aire del cual emana Te Mahara, el pensamiento, que se desenvuelve en Te Hinangara, la actividad intelectual. Nace luego Te Manako, el deseo, que se dirige á Wananga, el santo secreto ó gran enigma de la vida; más tarde se forma Te Atamai, la fuerza creadora del amor, que desciende en creaciones materiales de las que resulta Te Whiwhia, la permanencia en la existencia, impregnado de Ravea, la lascivia rica en placeres. Con esto aparece una forma determinada en Hopotu, la creación, animado por Hau Ora, el soplo vital, y flota ahora en el espacio Atea, el universo, partido en dos por la diferencia de sexos, á saber: Rangí y Papa, el cielo y la tierra. Según la relación de Bastían encontramos sucesivamente en este producto filosófico de salvajes caníbales: 1.º el no ser, 2.º la noche originaria, 3.º el deseo ardiente, 4.º la continuación del deseo ardiente, 5.º el sentimiento, 6.º la propagación, 7.º la pulsación de la vida, 8.º el pensamiento, 9.º la actividad intelectual, 10.º el deseo, 11.º el gran problema de la vida, 12.º el brillo de la gloria, 13.º la fuerza creadora, 14.º la permanencia en la existencia, 15.º la lascivia, 16.º la creación de la forma, 17.º el soplo vital, 18.º el universo y 19.º el cielo y la tierra. En presencia de este cúmulo de ideas llenas de reminiscencias caldeas y budistas podemos preguntarnos con Bastían: ¿recorrería este país, en otro tiempo, algún Anaximandro ó algún Pitágoras disfrazado? ¿Quién podría contestar la pregunta que se esfuerza por abrir las oscuras puertas del mundo primitivo en el cual no nos es dado todavía penetrar sin conocer con seguridad la confusión de sus laberínticos corredores?

Del abismo primitivo en cuya formación tomaron también parte para aproximarlo á la fuerza de concepción los atúas que piensan como espíritus del alma y que emisarios de los dioses, sale la creación en el período de acontecimientos palpables con aquella alianza que da origen al cielo y á la tierra. Papa, la tierra, y Rangí ó Ru, el cielo, eran hermanos y permanecían fuertemente apretados el uno al otro, habiendo inventado la poesía distintos caminos para explicar su separación y por ende el abovedamiento del cielo sobre la tierra. En Tahití se dice que el crecimiento de la planta *Dracotium polyphyllum* los separó, apartándolos todavía más el dios Ru. Por su propia elevación este dios se nos aparece como dios del cielo que prepara los cielos y hace surgir el sol y la luna y las estrellas que son hijas de la unión de éstos en las tinieblas. En Tonga se afirma que el dios Maui, que duerme debajo de la tierra, empujó hacia arriba el cielo debajo del cual los hombres tenían que andar antiguamente á gatas, y lo hizo porque, habiendo sentido sed, pidió de beber á la anciana que guardaba los manantiales, la cual, antes de darle lo que pedía le impuso este titánico trabajo. En Samoa encontramos combinados los dos mitos: en efecto, aquella pequeña planta que crecía en Tingalagi no dejaba entre la tierra y el cielo más que un reducido espacio apenas suficiente para que Tiitií pudiera arrastrarse entre ellos; de aquí que éste levantara el cielo subiéndose para ello á una roca en la cual quedó impresa la huella de su pie; el cielo quedó levantado á la altura de la cima del árbol más alto. Losi consiguió escalar el cielo encaramándose á un árbol elevado y trajo de allí la raíz del taro para los hombres. Los samoanos relacionan á este Tiitií con Maui diciendo que protegido por los hechizos de su padre Talaga descendió á los infiernos abiertos, en donde paralizó ó arrancó el brazo al dios Tati del infierno, creador del terremoto, para traer el fuego á la tierra.

Según otra leyenda samoana, el dios, para asegurar la existencia del país, bajó á los infiernos y cortó el brazo derecho á Tati, el que conmueve la tierra, á consecuencia de

lo cual éste sostiene desde entonces á Samoa con la mano izquierda. El propio Maui se nos presenta de nuevo, aunque bajo otra forma, en Raiatea en donde una monstruosa jibia atraía hacia sí con sus brazos el cielo hasta que Maui destruyó al monstruo con lo cual la masa azul recobró su forma abovedada natural. Maui fué también el que enseñó á los hombres á hacer salir fuego de las astillas de un palo. Finalmente, Forster cita un dios creador del sol llamado Mauwe (el mismo nombre escrito de distinta manera) que no sólo produce los terremotos sino que además, según la leyenda, trasladó en otro tiempo por mar de Occidente á Oriente un gran país del cual se desprendieron algunos fragmentos que constituyen las actuales islas: ese país se encuentra actualmente al Este. Es indudable que el Mafuie ó Salefu samoano, el dios de los terremotos que los produce al dormirse y cuando se mueve en sueños, es el mismo Maui. También nos recuerda al flujo de terremotos el hecho de que el anzuelo del Maui pescador de islas produce devastadores flujos al enredarse entre los rizos de este dios.

En Micronesia no nos es dado estudiar tan profundamente como en Polinesia el modo de ser de los que nacieron de sí mismos y sobre todo la cohesión que entre ellos existe; la misma cosmogonía se nos presenta en aquélla más confusa. Como en Melanesia, encontramos algunas reminiscencias del complicado edificio de la mitología polinesia, sin que podamos poner en claro si tenemos que habérmolas con gérmenes recientes ó con hojas secas de remotos tiempos. Cuando vemos reproducidos los mismos nombres observamos que el significado ha variado por completo; así por ejemplo, Tagaloa significa, en Fakavelikele, el gusano intestinal del hombre y Arong (Rongo?) es, en Mortlock, el dios de la guerra. Con más frecuencia han desaparecido los nombres quedando, sin embargo, una reminiscencia en la esencia. Los nombres de dioses tales como Aluelap, Lugeleng y Olifát que son venerados en las Carolinas como padre, hijo y nieto; Ijopan en Ponape, Sitelnazuenziap en Kusaie, Obagat en las Palaos, Mogmug en Ulea, Tongala en Fais, Fuss en Elath y Loge en Fajo no recuerdan directamente á los polinesios ni á los melanesios; en cambio nos trae á la memoria cosas conocidas el hecho de que los carpinteros y artistas de Mortlock adoren el centro del cielo bajo el nombre de Lageilang, como dios tutelar propio que, por su modo de ser, coincide con Rangí. Hay un detalle de mucha importancia para comprender la decadencia que aquí y en Melanesia sufrieron las creencias abundantes en mitos y es que el nombre del gran dios creador Tangaroa ha degenerado en denominación aplicada á una plebe de espíritus-almas indiferentes: con esta aplicación encontramos dicha palabra extendida hasta Nueva Guinea, en donde vemos el nombre motu Tirawa con que se designa á los espíritus y que deriva indudablemente de la misma raíz. Sin embargo, se



Instrumento de la superstición melanesia (embudo amoroso). (Museo para la Etnografía, Berlín) ½ de su verdadero tamaño. Véase página 322.